

MEJOR TELEVISION PARA LOS NIÑOS

Por Joaquín Antonio PEÑALOSA

Cl dramaturgo británico Arnold Wesker, en su comedia *Patatas Fritas a Voluntad*, pone en boca de un sargento instructor de reclutas esta frase dirigida a sus instruidos: "Os habeis alimentado únicamente de patatas y televisión". Frase casi lapidaria que ilustra la avasalladora influencia que la televisión ejerce en los niños de todas las edades.

Nadie prescinde ya de una buena tajada de televisión. El nuevo pan nuestro de cada día. Pan o droga. Despensa abastecida. Platos a la carta. Del apetito abierto a la teledicción no hay más que un paso.

El organismo mexicano de afortunadísimo nombre, "Mejor televisión para niños", prepara con el apoyo y beneplácito de las autoridades del país, el primer Foro Latinoamericano de Televisión para Niños que habrá de celebrarse en México-capital del 24 al 28 del próximo mes de agosto. ¿Sus propósitos?

Por uno de esos contrasentidos de la sociedad industrial, desarrollada y consumista que Iván Illich ha denunciado con tan fina sagacidad, la gente estaba convencida de que escolaridad era igual a educación, que la asistencia médica era salud, que la velocidad valía tanto como locomoción eficaz y que mirar programas de televisión equivalía a recreación.

Por fortuna empieza a descubrirse que, además de la escuela que por largos años intentó monopolizar todo el imperio de la enseñanza, el niño necesita la educación no formal, el aprendizaje desescolarizado, si de veras se le quiere formar integralmente.

La crisis actual de la enseñanza provino de la comprobación de que todos hemos aprendido la mayor parte de lo que sabemos fuera de la escuela. Fuera de la escuela aprendimos las cosas que verdaderamente interesan y que son decisivas en nuestra vida.

A partir de la explosión de los medios de comunicación de masas, la escuela perdió la hegemonía educativa del alma infantil conforme la televisión, más al alcance de

la mano y el gusto de los niños que el cine o la revista gráfica, erigió su magisterio indiscutible para bien o para mal.

Los niños podrán ignorar los nombres de los reyes aztecas y la regla de tres simple; pero conocen todos los personajes y hazañas que desfilan por la pequeña pantalla. Están más al tanto de la programación televisada que de los honorarios de clase. ¿Qué influye más en la infancia, la escuela o la televisión?

Este es el propósito del Foro latinoamericano que se anuncia, estudiar cómo la televisión ha de ser complemento de la educación formal, cómo es preciso construir aulas pero también pantallas educativas, cómo transformar los ojos de cristal muchas veces frívolos si no deformantes, en maestros casi natos de una generación que nace y crece atada a la mirada mágica de la televisión.

Médicos, pedagogos y moralistas han señalado a porrillo los males fisiológicos, psicológicos y morales que una televisión indiscriminada produce en los niños, sobre todo la hipnosis con que inmoviliza su cuerpo y su mente en contradicción de lo que es la esencia misma del niño, juguete escurridizo y travieso, movimiento perpetuo, cuerda sin fin.

Del pesimismo moralizante y machacón que se limita a la denuncia de brazos cruzados, es preciso pasar a la acción constructiva. Construir una televisión que sea verdaderamente infantil, no adulta con etiqueta de niños, y acorde a nuestros pensamientos, comportamientos e intereses, sin permitir que a los niños mexicanos o latinoamericanos se les impongan estilos de vida, lenguaje y conductas de culturas extrañas.

Dentro del antihumanitarismo que define a la sociedad tecnológica, cerrada sobre intereses egoístas, impermeable a problemas ajenos, la preocupación por el cachorrillo del mundo latinoamericano es todavía un punto tan sensible que es capaz de convocar la generosidad y el acometimiento.